

LA EPOPEYA ARAGONESA DE SENDER: *BIZANCIO*

José Antonio GARCÍA FERNÁNDEZ

La editorial barcelonesa Montesinos acaba de reeditar *Bizancio*,¹ novela histórica de Sender sobre la expedición almogávar por tierras bizantinas. Una de las mejores del escritor de Chalamera. Los senderianos no podemos más que alegrarnos cada vez que alguna de las obras de don Ramón es reeditada, máxime cuando se trata de un libro importante en la producción del aragonés y difícilmente encontrable en las librerías, por ende. Sin embargo, algo debemos añadir sobre esta epopeya catalanoaragonesa que ahora ve la luz nuevamente.

En primer lugar, quisiera recordar aquí que Sender necesita, sin duda, reediciones de sus obras, sí; pero reediciones cuidadas. Él mismo se quejaba de lo mal editados que estaban sus libros, sobre todo los publicados en Hispanoamérica. En las cartas que enviaba a la familia, se dolía de las erratas que atravesaban sus textos de principio a fin, alcanzando incluso a los títulos. Los editores del Nuevo Mundo no eran cuidadosos, especialmente los mexicanos, que en alguna ocasión publicaron textos suyos suprimiendo capítulos enteros. Yo he podido ver, en la biblioteca particular de doña Carmen Sender, hermana del escritor, un ejemplar de *Bizancio* corregido de puño y letra por Ramón José y puedo asegurar que el número de correcciones pasaba de sesenta. Es una lástima no haber aprovechado la ocasión para fijar definitivamente el texto de *Bizancio*, transmitido hasta hoy con algunas imperfecciones.² Esto dice el autor:

La primera edición de *Bizancio* se publicó en Méjico sin haber visto yo las pruebas y, por lo tanto, como se puede suponer, llena de erratas que a veces toman la forma de erro-

¹ SENDER, Ramón J., *Bizancio*, Barcelona, Montesinos, 2000, 533 pp., 3500 ptas.

² Montesinos reconoce explícitamente haber utilizado la edición mexicana de *Bizancio* de 1956, en el agradecimiento que va al final del libro, dirigido al Instituto de Estudios Altoaragoneses, que facilitó a la editorial un ejemplar de dicha edición. No cabe duda de que la nueva edición reproduce los errores de la primera, contra los que clamó Sender.

res históricos. La segunda y sucesivas ediciones se hicieron en Barcelona más cuidadosamente. Esta, que es naturalmente la edición definitiva, no difiere de las anteriores sino en haber sido corregida e impresa más cuidadosamente. Quiero decir que no he añadido ni quitado nada sustancial. Ni nada secundario.

Es exactamente como esperaba que fuera cuando escribí mi manuscrito y no ha tenido alteración alguna.³

No hay que negar a Montesinos el mérito de haber hecho una edición «española»⁴ de la obra. Hasta el momento, la difusión pública de *Bizancio* se había conseguido, aunque en grado mínimo, gracias a los ejemplares impresos en México y Andorra. Sender no fue, durante mucho tiempo, profeta en su tierra. La recepción de su obra resultó, cuando menos, accidentada. La reedición de *Bizancio*, aparecida hace algunos meses, en el año 2000, nos ha venido con aires de centenario, preludiando las reediciones que vendrán. Y es una llamada de atención, un grito contra el olvido de un autor al que nunca debimos olvidar. De un tiempo a esta parte, Ramón José vive momentos de euforia editorial, con reediciones como *Viaje a la aldea del crimen*, Madrid, Vosa, 2000, con prólogo de José María Salguero; *La tesis de Nancy*, 48ª edición, Madrid, Magisterio-Casals, 1999, con estudio preliminar y actividades para el aula de Francisco Troya y Pilar Úcar; *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, Madrid, Magisterio-Casals, con introducción y ejercicios didácticos de Pilar Úcar Ventura.

De *Bizancio*, hay que decir que es mucho más que una narración de batallas. Es un relato moderno con aire de crónica antigua, de esas crónicas que tanto admiró Sender (la de Bernal Díaz del Castillo, sobremanera). Es una epopeya aragonesa⁵ hecha en un exilio forzoso del que difícilmente se podía volver. He aquí una de las últimas valoraciones de la novela, emitida por un eminente senderiano, el profesor José-Carlos Mainer:

³ «Antecedentes de *Bizancio*», *Obras completas*, t. I, Barcelona, Destino, 1976, p. 43. A pesar de que él consideraba la edición de las *Obras completas* como definitiva, en los tres tomos que tuvo tiempo de preparar hallamos algunas erratas (la mayoría meramente mecánicas), lo que nos hace insistir, una vez más, en la necesidad de reeditarlo cuidadosamente. No es un autor fácil, ni por la recepción problemática de sus obras ni porque él haya contribuido a la perfecta transmisión de sus libros, que reelaboró continuamente publicándolos, inclusive, con títulos distintos.

⁴ Aunque no escatimamos a Montesinos el reconocimiento de su edición «española», debemos decir que no es cierto que sea la «primera» que se ha hecho en nuestro país, como asegura la «Nota de editor [sic]» que va en la última página. *Bizancio* se editó en México, Diana, en 1956; también en Barcelona, Aymá, en 1958; en Andorra la Vella, Editorial Andorra, en 1968, y en Barcelona, Círculo de Lectores, 1974. El autor la incluyó, además, en el tomo I de sus *Obras completas*, Barcelona, Destino, 1976, precedida de unos interesantes «Antecedentes de *Bizancio*», donde habla de sus intenciones al escribirla, su valoración de ella, su concepción de la historia..., unas páginas fundamentales que, en esta nueva edición, inexplicablemente, no se recogen. La de Montesinos no es, pues, la «primera» edición patria, sino la cuarta, tras las de Aymá, Círculo y Destino. Curiosamente, cuantas veces se ha publicado en España esta narración se ha hecho en la ciudad de Barcelona, sin duda el mejor marco editorial para una novela que trata de la célebre *Venganza catalana*.

⁵ Sender escribe *Bizancio*, epopeya aragonesa, en 1956, y apenas ocho años más tarde, en 1964, publica *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, que define explícitamente como «antiepopéya española». Curiosa paradoja que se presta a más de una reflexión.

Escrito veinte años después de *El conde Belisario* (1938) de Robert Graves, el relato es un fascinante hilván de crueldades, traiciones y heroísmos en el que la imaginación de Sender inserta hábilmente una óptica peculiar: la de la princesa María, esposa, luego viuda de Roger y al cabo vengadora de tantas catástrofes. El personaje tiene alguna deuda con la Milagritos de *Mr. Witt* y con la Niña Lucha de *Epitalamio*, pero tiene más magia que la primera y resulta menos estática que la segunda; constituye, de hecho, el arquetipo de las misteriosas mujeres-niñas senderianas que desarrollará su obra posterior hasta encontrarse en un relato tardío con Tánit, la divinidad fenicia de la que deriva Venus: la «diosa blanca» del célebre libro de Graves.⁶

Mainer destaca a María como creación novelesca y ejemplificación de la teoría senderiana del personaje. El propio escritor exponía sus ideas, hablando de *Las criaturas saturnianas* y afirmando que en la obra aparecen

Ejemplos de pureza martirizada (la princesa Lizaveta), como antes, en *Bizancio*, la princesa María, aunque esta última fue victoriosa en la venganza. Pero antes que símbolos o arquetipos tienen que ser seres humanos del todo convincentes. De otra manera se quedan en «tipos» y no «caracteres» como en el teatro español de figurones de fines del siglo xvii.⁷

María enlaza con otros personajes del universo-Sender. A los citados por Mainer, cabe añadir la Elvira de *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, la Teresa de *Tres novelas teresianas*, la Valentina de *Crónica del alba*, la niña Mary-Lou que aparece en el cuento homónimo y en *Adela y yo*, la Nena de *Monte Odina*, la Delgadina de *Novelas ejemplares de Cíbola*, la Loretta de *El Mechudo y la Llorona*, la Dodoette de *El pez de oro...*

Además de la admirable creación de María, *Bizancio* es original por ser una interpretación histórica libre y por remitir al lector a la particular concepción de la historia de Sender,⁸ sobre la que sería bueno haberse extendido en un estudio preliminar. Una concepción muy diferente a la de otros autores, por ejemplo, Galdós, que siempre se mantenía fiel al hecho histórico. Sender, al contrario, se desenvuelve con libertad entre la materia histórica. Podríamos aducir aquí varias citas sobre su creencia en la intemporalidad del arte y en la circularidad de la historia, lo que serviría para comprender su desdén por lo temporal y justificar los anacronismos que plagan sus novelas. Una de las frases que más le gustaba repetir, y que inserta en varias obras, asegura que vivimos siempre el mismo siglo y que en la historia no hay progreso sino repetición. La relación de Sender con la historia, como medio de recuperar su identidad y su territorio, perdidos en trágico exilio, es un aspecto merecedor de análisis.

⁶ MAINER, J.-C., *Ramón J. Sender. La búsqueda del héroe*, Zaragoza, CAI, 2000, p. 66.

⁷ «Prefacio del autor sobre las novelas históricas», texto capital de Sender, incluido en el tomo I de las *Obras completas*, Barcelona, Destino, 1976, p. 23.

⁸ Él mismo reconoce que *Bizancio*, documentada principalmente en la crónica de Francisco de Moncada, «no sigue fielmente los acontecimientos, al menos en lo que se refiere a la vida privada de la princesa María» («Antecedentes de *Bizancio*», cit.).

La épica narración de *Bizancio* es, también, destacable por su condición de experimento novelesco, de creación «bizantina», tal como entendía el de Chalamera este género, al que adscribía al mismísimo Dostoievsky, uno de sus autores favoritos. En el «Prefacio del autor sobre las novelas históricas»,⁹ dice:

El mito de los almogávares me atraía y escribí *Bizancio*. Naturalmente traté de escribir una novela bizantina según mi manera de ver ese género de arte. Lo que yo entiendo por *bizantino* está especialmente representado por la princesa María.

Es lo bizantino, para mí, una manera de expresión rica de colores y exagerada de formas de comunicación del mundo interior, especialmente del mundo afectivo. Mucho más instintivo que intelectual, es decir con el mundo del inconsciente más a flor que la conciencia, pero tan rico de matices como la mente lógica y más rico que ella de sugerencias y atisbos como sucede con las atmósferas misteriosas y poco iluminadas.

Sender tenía una visión transversal de los géneros, los intenta todos, los ataca todos sin conciencia de sus límites. En *Conversaciones con Ramón J. Sender*,¹⁰ confiesa a Marcelino C. Peñuelas:

en *Bizancio* he tratado de demostrar lo que podría ser una novela bizantina, puesto que tengo una novela gótica, *El rey y la reina*, otra que quizá podríamos considerar románica, como *El verdugo afable*, alguna típicamente barroca, *Siete domingos rojos*, y esta otra, como digo, bizantina. Lo bizantino para mí es algo muy exagerado en sentimiento y pasión y muy abundante de color, un poco deliberadamente torpe de línea. Es como en la pintura, ¿no?

Falta por hacer una valoración del intento «bizantino» de Sender, desde la perspectiva de su particular teoría de los géneros. Por lo que a su propia valoración respecta, extremadamente autocrítico consigo mismo como autor, su novela ni le satisface del todo ni del todo le desagrada:

aunque siempre se queda uno por debajo del nivel que había previsto no me pareció mal del todo. Se publicó y se agotaron pronto dos ediciones. Hubo críticas entusiastas y recibí cartas de lectores del todo satisfactorias.

A mí la obra, sin embargo, no me convence del todo. Ninguna de mis obras, con excepción de algunas [...], me parece que están logradas. [...].

Bizancio se ha leído bastante y «quedará» como decimos los del oficio. Es decir, vencerá al tiempo aunque el mérito no es todo de la novela porque el mito estaba ya creado.¹¹

Bizancio es una novela compleja, una explosión de sugerencias para el senderiano. Va mucho más allá de una sucesión más o menos afortunada de combates y venganzas. El estudioso debe introducir al lector en el contexto de producción de la obra, explicar su génesis en el particular momento de la trayectoria del autor, condenado a un trasterramiento cruel, que lo dejaba sin vida ni esperanza. En *Bizancio* se trasluce el aragonesismo de Sender, su práctica novelesca a partir de elaboradas

⁹ *Op. cit.*, p. 12.

¹⁰ PEÑUELAS, M. C., *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970, p. 135.

¹¹ «Prefacio del autor...», cit., pp. 12 y 13.

ideas sobre el arte y la novela. Podríamos relacionar esta obra con otra suya anterior, *Contraataque* (1937), donde presentaba dos formas de vida opuestas: el fascismo y la democracia. La izquierda tenía una forma ética de hacer la guerra, frente a una derecha militarista y sangrienta. El esquema late aún en *Bizancio*. Roger de Flor guerrea con nobleza, pero es muerto a traición. Su joven viuda, María, decide vengarlo. Entonces, comienzan las carnicerías (que Sender había vivido en la guerra civil). La bella princesa, a diferencia de los republicanos, consigue vengar y vencer. Una victoria literaria como desquite por la derrota en la vida real.

Bizancio pide a gritos un análisis de su dimensión épica (de *Iliada* aragonesa), su trasfondo biográfico, su aragonesismo militante y su remisión a una concepción teórica del arte, el personaje y la historia. No cabe sino alegrarse por la reedición de esta joya y recordar que el camino adecuado es, al margen de euforias de conmemoraciones, el reencuentro minucioso y expurgatorio con el autor de Chalamera. Tenemos magníficos ejemplos de lo que se consigue cuando se recorre pacientemente ese camino, como las ediciones críticas de *El lugar de un hombre* y de *Imán*, publicadas en la colección «Larumbe» del Instituto de Estudios Altoaragoneses. Sender necesita lectores y necesita también amor y pedagogía, trabajos de interpretación que nos lo devuelvan en todo su esplendor.